

que no sólo sucedía dentro de mí"). Las dos situaciones parecen fundirse en la locura para obligarnos a salir de lo que creemos normal. Este es el eje fundamental de la historia: traspasar la frontera de lo desconocido arriesgando el sentido lógico tanto en los personajes como en el lector.

Entre Mario y el tío Carlos se establece una comunicación con el mundo de los espíritus; y tanto el niño como el alcohólico —reminiscencias del reportaje *Delirium tremens* y de las incursiones de los poetas malditos a través de la droga— están dotados de una lucidez convincente. Así, la solución del libro rememora las tesis de Swedenborg en las que el hombre recuerda y se acerca al mundo de los vivos por sus afectos. No en vano Solares cita a Thornton Wilder: "Hay un país de los vivos y un país de los muertos; y el puente entre ambos, la única cosa que subsiste, lo único que cuenta, es el amor" (*El puente de San Luis Rey*).

Rocío Montiel

DE FILOSOFÍA

XIRAU Y LO SAGRADO EN LA FILOSOFÍA DE WITTGENSTEIN

Movidos por la enorme importancia del aspecto lógico del *Tractatus logico-philosophicus*, frecuentemente nos desentendemos del 'otro' Wittgenstein del *Tractatus*, del Wittgenstein 'callado', del Wittgenstein místico. No así Ramón Xirau (Barcelona, 1924), ensayista y poeta espléndido (que escribe en catalán), quien ya se había ocupado en algunos de sus libros de ciertos aspectos de la filosofía de Wittgenstein —tómense como ejemplos, en Cuadernos de Joaquín Mortiz, su trabajo sobre el lenguaje privado en *De ideas y no ideas* (1974), y su referencia a lo místico en *Poesía y conocimiento* (1978)—, quien ahora le dedicó al gran filósofo vienés una sesión de su reciente ciclo

de conferencias "Tres pensadores y lo sagrado" (organizado por El Colegio de México y realizado del 11 al 25 de agosto pasado en la Pinacoteca Isidro Fabela de San Angel) donde trató expresamente el tema, es decir, el relativo misticismo de Wittgenstein.

Xirau centró su conferencia en el examen de dos obras de Wittgenstein: los *Notebooks* (*Libros de notas*, 1913-1914) y el *Tractatus logico-philosophicus* (*Tratado lógico-filosófico*, 1916), advirtiendo que iba a hacer gracia al público al no referirse a aspectos como la armazón lógica, tan compleja, del *Tractatus*. (En algún momento de la conferencia, tras un instante de preocupada reflexión, dirigió al auditorio una pregunta que él mismo respondió de inmediato: "¿No nos vamos a meter con metalenguajes, verdad? No, no...") Después de una detallada revisión del marco histórico en el que transcurrió la vida de Ludwig Wittgenstein (1889-1951) —se sabe que fue un vienés de origen judío, hombre muy activo, que participó en la primera guerra mundial, y que la crítica, el rigor y la claridad del pensamiento característicos de la época condicionaron fuertemente su obra—, Xirau pasó a exponer su particular interpretación del *Tractatus*. "Creo que frecuentemente —dijo—, el *Tractatus* ha sido mal interpretado. Se ha visto en él un libro de lógica, de epistemología, incluso de ontología; y todo esto es cierto, pero no se ha atendido bastante a lo que Wittgenstein dice ya desde el prólogo del *Tractatus*"; y efectivamente, Wittgenstein sostenía ahí, respecto a los logros de su obra: "...los problemas han sido, en lo esencial, finalmente resueltos. Y si no estoy equivocado en esto, el valor de este trabajo consiste, en segundo lugar, en el hecho de que muestra cuán poco se ha hecho cuando se han resuelto los problemas". Esta afirmación ya implica una distinción fundamental que Wittgenstein trazaría en el *Tractatus*: para fundar un sistema lógico total es necesario establecer previamente una separación entre aquello de lo que puede hablarse con claridad (lógica, matemáticas, ciencias experimentales) y aquello de lo que no puede hablarse (lo místico: ética, estética, metafísica). Al respecto es famoso el epigrama de Wittgenstein: "De lo que no se puede hablar, hay que callarse" (*Tract.* 7.) —la corrección a la traduc-

ción castellana tradicional, "De lo que no se puede hablar, mejor es callarse", es de Xirau: el alemán 'mus' pasa al español, según él, como 'hay'. Es decir, los problemas formulables, 'decibles', pueden plantearse en proposiciones lógicas para llegar, a partir de ellas, a una demostración, a una solución; en cambio, todo lo que no puede formularse, lo 'indecible' (en términos más técnicos; lo que es común entre la estructura de la proposición y la estructura del hecho al que se refiere la proposición), no es demostrable y tampoco es soluble, sino tal vez mostrable. Y bien, lo que verdaderamente importa a Wittgenstein, explicó Xirau, es justamente lo que no ha podido realizar, esto es, "el mundo de lo que se muestra o de lo que podría mostrarse, que no puede demostrarse ni verificarse, lo místico, lo que se nos manifiesta en lo que me gustaría denominar la 'experiencia del límite'".

Ha de tenerse presente que según Wittgenstein el mundo está limitado, al menos en un sentido lógico, y tanto el mundo (los hechos en el espacio lógico, *Tract.* 1.13) como el pensamiento son 'lógicos' (Cf. *Tract.* 3.03 y 3.031) y pertenecen, por tanto, a la esfera de 'lo que se puede decir'. Y, por otro lado, Wittgenstein decía: "La lógica llena el mundo; los límites del mundo son también sus límites (...) los límites del lenguaje (el lenguaje que yo sólo entiendo) significan los límites de mi mundo" (*Tract.* 5.61 y 5.62). Es decir, el mundo está lleno de lógica pero, por otra parte, la lógica no puede abandonar el mundo para explicarlo *a priori*, pues 'vive' en él y, en consecuencia, está sujeta por los mismos límites del mundo. En vista de lo anterior, Xirau explicaba que es precisamente lo que está en los límites del mundo, o más allá de esos límites —esto es, aquello 'de lo que no se puede hablar'—, lo que en el fondo es más importante. Y de esto existen suficientes testimonios. En el mismo *Tractatus*, por ejemplo, se dice: "...Una proposición únicamente puede decir cómo es una cosa, no qué es una cosa (...). El sentido del mundo debe quedar fuera del mundo. En el mundo todo es como es y sucede como sucede: en él no hay valor alguno..." (Cf. *Tract.* 3.221 y 6.41). Xirau insistió dos pruebas más: 1. Una carta que Wittgenstein dirigió a su antiguo maestro Russell, en donde le hacía ver que todo el asunto de las proposi-

RESEÑAS

ciones lógicas no era sino un corolario de la teoría acerca de lo que es posible pensar y expresar por medio del lenguaje, y de lo que no es posible expresar por medio del lenguaje sino mostrar (que es el punto importante), y 2. Esta cita final del *Tractatus*: "Mis proposiciones son esclarecedoras en este modo: que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas. (Debe, pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido.) Debe superar estas proposiciones; entonces tiene la justa visión del mundo". (*Tract.* 6.54) Y comentaba Xirau al respecto: "Esto es extraordinario: después de construir todo un sistema lógico, casi una serie de escalones que conducen naturalmente a verdades, hay que tirar la escalera y olvidarse del sistema porque lo importante no es lo que se puede decir, sino lo que se puede, tal vez, mostrar. El *Tractatus* no se autodestruye con lo anterior; me parece que lo que Wittgenstein quiso significar es que está muy bien lo que llamamos conocimiento, es-

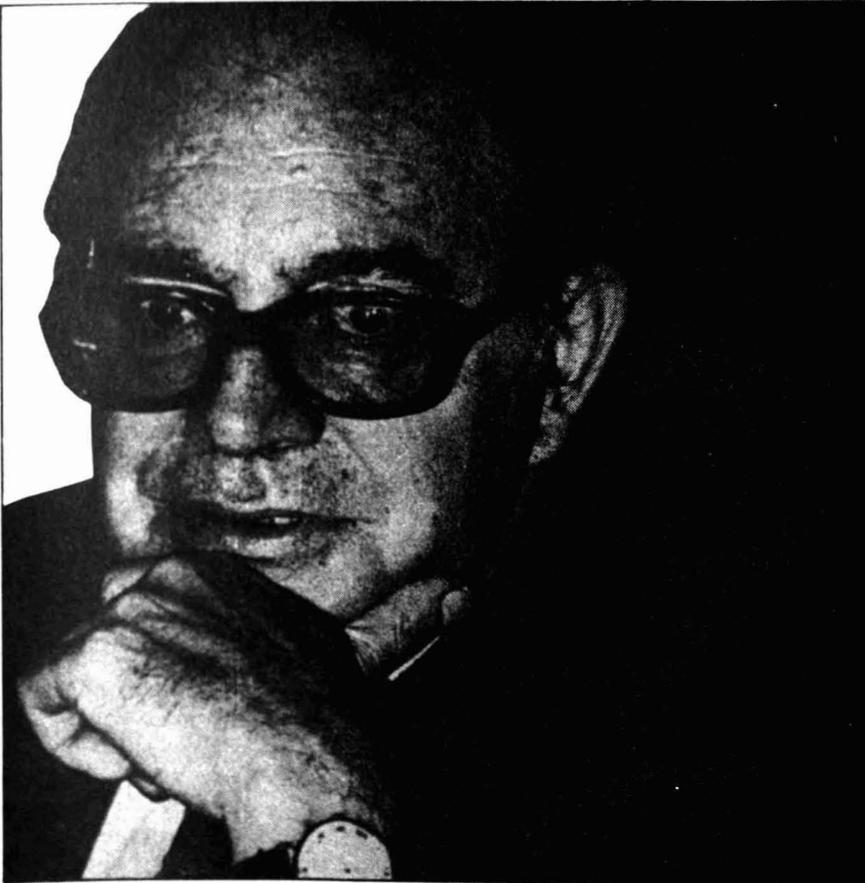
tá muy bien esto que llamamos ciencia, pero que hay 'algo' más importante que el conocimiento y que la ciencia. Mi hipótesis es que Wittgenstein explica el mundo para superar su explicación, y acerca de esto tiene mucho que mostrarnos, aunque tal vez no de decirnos en forma lógica". Y así pues, cuando surge lo fundamental, lo místico ('Das Mystische': "...lo que se muestra a sí mismo", *Tract.* 6.522), cuando se vive 'la experiencia del límite' —y de lo que está más allá del límite— y surge todo lo referente al sentido de la vida humana y, en suma, el sentimiento del mundo como un todo limitado, entonces ha de reinar el silencio alusivo a los confines del mundo y a lo que rebasa esos confines.

Ciertamente es mucho lo que Wittgenstein agrupa dentro del orden de lo inefable y en este sentido afirmó Xirau —parafraseando un poco a Russell—: "Wittgenstein habla muchísimo de lo que no se puede hablar". Pero ha de superarse —y creo que esto también, de algún modo, lo consideró Xirau en el desarrollo de su conferencia— que

Wittgenstein intentó expresar lo que según él resultaba inexpressable movido siempre por el afán de mostrar. Y, en todo caso, ya que el argumento anterior suscitaba en Russell "una cierta sensación de disconformidad intelectual" (Cf. la Introducción de Russell al *Tractatus*), si Wittgenstein terminó hablando acerca de lo que la teoría misma condenaba previamente como materia intocable, 'sagrada', para el habla, puede aún suponerse que Wittgenstein estaría perfectamente dispuesto a admitir que hablar acerca de eso es querer decir lo indecible. En última instancia, todo esto podría confirmar el punto que defendía Xirau, me parece que con razón: lo que en el fondo más interesó a Wittgenstein fue lo místico.

Xirau examinó, por último, dos asuntos referentes a lo místico: la ética y la divinidad. En ellos encontró una raíz común: "Como muchos hombres del siglo XX, Wittgenstein fue alguien terriblemente angustiado, alguien a quien importaron cuestiones fundamentales. Su drama interior era no poder alcanzarlas". Es decir, antes de notable filósofo del lenguaje y de fundamental precursor del positivismo lógico (movimiento que, por cierto, al negar toda posibilidad de metafísica, no le encontraba gusto al sabor místico de algunas secciones del *Tractatus*), Wittgenstein fue un hombre bondadoso, solitario, conflictivo, infeliz e íntimamente intrigado por la mística y los misterios. En el caso de la moral, Wittgenstein caracterizaba teóricamente a la ética como una condición trascendental del mundo y, en consecuencia, como algo de lo que no puede establecerse proposiciones ni escribirse sistemáticamente (Cf. *Tract.*, 6.42-6.421). Escribía en una carta, citada por Xirau: "No hay proposiciones éticas, hay actos". Por otro lado, según expuso Xirau, Wittgenstein sostuvo una concepción de la felicidad de curiosa semejanza con el estoicismo: para ser feliz hay que concordar con el mundo y no temer en absoluto a la muerte, a una dimensión metafísica, etc. (rasgos, los dos, que en efecto recuerdan actitudes estoicas fundamentales: conformidad a las leyes de la naturaleza, soportar con vehemencia de espíritu el dolor).

Respecto a la religión, Xirau explicó que del mismo modo en que Wittgenstein no fue un místico en el sentido de Plotino o de San Juan de la Cruz, así "no



Ramón Xirau

puede hablarse de religión en Wittgenstein aunque él tuviera cierta apetencia religiosa, pero puede hablarse de 'religiosidad' en él. Es decir, puede hablarse de cierto sentimiento de orden religioso que no constituye por sí mismo una fe auténtica". También dijo que en gran medida el acercamiento de Wittgenstein hacia lo religioso fue resultado de su idea del 'mundo como milagro' (el milagro de la existencia del mundo). La fe en Dios está presente en Wittgenstein como la convicción —o quizá más bien 'posibilidad'— de que la existencia de una entidad exterior al mundo (límites y más allá de los límites) es el sentido, el significado, "que se desdobra —expresó Xirau— hacia dos realidades de 'lo limitado': el mundo y el yo". (Cf. *Notebooks*). En este sentido, explicó Xirau que el único camino del que disponía Wittgenstein para independizarse del mundo y dominarlo era, consecuentemente, renunciar a cualquier influencia (se sobreentiende que de orden metafísico) sobre los acontecimientos del mundo. Wittgenstein nunca pudo asumir con firmeza ese camino.

Es pues evidente que una vertiente artístico-religiosa condujo a Wittgenstein más allá del edificio lógico-gnoseológico-fundamento de las ciencias empíricas, hacia intensas preocupaciones metafísicas, ajenas a la crítica científica y más rastreables en su vida —silenciosa— que en su obra —difundida. En la medida en que el arte puede mostrar lo inefable, representaba un buen medio para Wittgenstein. De hecho, se internó en el arte (por ejemplo, tómesese su vida musical: ejecutaba el clarinete y su familia convivió con Mahler y Schönberg, y hay un dato curioso: a su hermano Paul, gran pianista que perdió el brazo derecho en la guerra, le dedicó Ravel su *Concierto para la mano izquierda*), y profundizó en las investigaciones estéticas (Cf., *vr. gr.*, la reseña de sus conferencias de 1930-1933, hecha precisamente por G. E. Moore, en Osborne, *Estética*, FCE, pp. 150-153), pero Xirau explicaba, con fundamento creo, que la imposibilidad de identificar arte con religión impide asimismo sostener que Wittgenstein llegara a lo sagrado exclusivamente por la vía artística.

Pero, por otra parte, hay que reconocer que no encontramos en Wittgenstein —el viraje del estado ético-estético

al estado religioso— permite y que no es posible en la concepción de Wittgenstein acaso porque en ella lo ético, lo estético y lo religioso no están aislados, sino que pertenecen a una misma esfera: lo místico. Wittgenstein no llega a la divinidad; por decirlo de algún modo, cae con su escalera. Porque, como finalizó Xirau, "Wittgenstein es el ejemplo de que ciertas personas tienen escondido como importantísimo un sentimiento religioso que no pueden expresar y que no puede conducirlos a la clarificación de una convicción religiosa".

En suma, parece muy difícil justificar la preeminencia que suele darse al aspecto lógico, epistemológico, científico, ante el perfil místico, metafísico, en la filosofía de Wittgenstein. Al menos, no sería válido abogar a favor de dicha preeminencia bajo el argumento de que siguiendo los principios mismos de Wittgenstein todo el asunto del misticismo debe silenciarse. Porque, sin recurrir por ahora a refutaciones serias, baste confirmar que —retomando la paradoja de Russell—, en su conferencia, Xirau habló muy bien acerca 'de lo que no se puede hablar' en la filosofía de Wittgenstein.

Luis Ignacio Helguera

DE ARTES PLÁSTICAS

BREVÍSIMO ACERCAMIENTO A UN DIBUJANTE

En los últimos meses se realizaron dos exposiciones de la obra de Melecio Galván —una en la ENAP Xochimilco y otra en la Casa del Lago—, el dibujante mexicano que muriera trágicamente este año y que, durante su corta vida (truncada a los 36), se negó de manera sistemática a penetrar en el circuito de las galerías y a todo aquello que significara

un asiduo y consagratorio contacto con el medio. Así, desde ese inalterable aislamiento, Galván fue tan parco con el público como desmesurado en la formalización de su arte y de su caudal imaginativo. Y esa desmesura se ha concretado en dibujos donde la metáfora del hombre contemporáneo se cumple por medio de una línea que transforma hasta la extenuación los contornos de la figura humana y que establece una continuidad sin fronteras entre ésta y la forma animal, en una mezcla indiscriminada donde hasta asoman rasgos maquinales.

Tales rasgos pueden adoptar la apariencia de un tanque de guerra, cuyos brazos de acero y manos con pezuñas se cierran rodeando a una cabeza que, inclinada, toca el suelo y encubre su rostro, en tanto que a sus costados la máquina descubre patas semejantes a las de una bestia. De modo similar, en un trabajo denominado "Pretorio", tres personajes asumen roles particulares y en base a ellos se operan sus metamorfosis: la anatomía delgada, casi transparente del torturado cuya corona tipifica a la corona de espinas y en cuya rememoración del suplicio de Jesucristo se universalizan todas las torturas del mundo: las contexturas gruesas, pesadas, de sus dos verdugos, el cara de simio que sujeta a la víctima y el que ejecuta el castigo con huesos visibles a través de la carne de sus brazos, huesos que son largos instrumentos de crueldad.

En los cuerpos de Melecio Galván la piel deja traslucir con frecuencia el esqueleto o se borra para que sólo se muestre ese tenso, desnudo y huérfano sostén que son las partes óseas, las unificadoras de todos los protagonistas en la esencia de su materia, las que, al exponerlos carentes de la masa que diferencia facciones y vestiduras, los reubica en una situación primitiva donde existen solo dos hombres: uno como el accionador del suplicio, el otro como el que lo recibe. Y, en esa órbita, ambos están subsumidos en una violencia que sutilmente remite al origen de la vida y del mundo y que retorna, se contemporaniza y asume con precisión los espúreos datos de la injusticia actual. Datos que son expresados en forma de modernos aparatos de tortura, de botas, insignias y uniformes con evocaciones hitlerianas adaptables a cualquier po-